

se mezclan el león, el hipopótamo y el cocodrilo.

Ordinariamente los sepulcros completos son así: una abertura baja, estrecha, disimulada; una pendiente rápida que termina en una espaciosa galería, donde unas pinturas maravillosamente frescas recuerdan las leyes y costumbres de aquellos remotos tiempos, y á veces pequeñas piezas donde se trata un asunto especial; mas lejos un *pronaos*; despues la sala fúnebre, mas larga que ancha, abovedada, pintada por todas partes y en medio el gran sarcófago, á veces sin la momia, que yacia entre numerosos y ricos atavíos. Los reyes, cuya vida fue dilatada, tienen los mas bellos *hypogeos*, entre otros Menephta y Rhamses 4 y 5. Así que un Faraon subia al trono, pensaba en la erección de su sepulcro: su muerte solo interrumpia los trabajos subterráneos; así que puede muy bien conocerse la importancia de su reinado por la profundidad del sepulcro.

Nosotros, como los héroes épicos, habíamos bajado á los infiernos, y despues de una noche de monstruosos ensueños, atravesábamos melancólicamente el Nilo para ir á Luksor, mas silenciosos que las barcas funerarias, que Isis y Nephthys guiaran en otro tiempo.

La triple forma de los dioses, alternativamente hombres, monstruos y animales; las pintadas, los gabilanes, los buitres, el disco y los cuernos, todos los atributos que adornan la cabeza de Ammon ó de Isis y las sutilezas del culto desaparecian á nuestra vista, dejándonos ver el fondo del simbolismo egipcio.

La complicación, mas aparente que real, se explica por la necesidad de reunir en la gerarquía inventada en Tebas durante el período teocrático, todos los genios locales, todas las supersticiones primitivas. La doctrina en sí misma es muy sencilla y tiene sus analogías en la India y en la Grecia. Su dogma enseña que el mundo salió de la sustancia infinita y fecunda, de que la analogía hizo una mujer, una diosa, llamada Neith, ó Buto, ó Isis, ó Hator, ó Thmei, segun se le consideraba como primordial, sustentadora, eterna, como fecunda ó conservadora. Neith, mujer y madre sin varon, fue provista desde el principio de ambos sexos; despues el hombre, que es aquí abajo el jefe de la familia, cansándose de adorar á una mujer, impuso por esposo y señor á la diosa suprema á Ammon-Ra, que era tambien su hijo. Así la sociedad humana tuvo su tipo en el cielo.

De la union de Neith, el caos de los gérmenes, con Ammon, la inteligencia y el movimiento, nace el órden visible, el dios Kons, tercera persona de la triada, suprema, ó mas bien única: la triada es la ley de la gerarquía sagrada; es la hilera uniforme por donde deben pasar todos los fetiches locales, los héroes y las ideas divinizadas. No siendo

los dioses mas que sinónimos ó subdivisiones, se combinan fácilmente entre sí, sin cuidado de adulterios ni incestos aparentes. Basta, para no perderse en el laberinto de las triadas secundarias, referir todos los dioses al empleo de Ammon y de Kon; y todas las diosas al de Neith-Buto-Isis.

Todos los dioses son alternativamente padres é hijos; en cuanto á las diosas, hasta muy próximos tiempos, permanecen siempre madres y no son nunca hijas. El Eterno Femenino queda inmutable. Es el *Aditi* Védico, la Noche primitiva de Orfeo, la tierra de Hesiodo, el Posible de Aristóteles, el fondo necesario, sin el cual los esfuerzos del principio creador se perderian en el vacío.

Tal es en sus rasgos capitales la teoría que se oculta en medio de las triadas sin nombre, mezcladas, combinadas, dos á dos, tres á tres, y siempre idénticas. Puede referirse á esto sin dificultad el aparato de las ceremonias fúnebres y la religion de los *hypogeos*. El hombre nacido de Neith, de Isis, vuelve á entrar en ella viniendo á ser su esposo bajo el nombre de Osiris; y segun la ley natural de las metamorfosis, renacerá del seno de Isis, bajo la forma de Horus. La progresión de la triada no ha sido interrumpida por la muerte; vuelve á seguir su curso indefinido y viene á reasumirse en la palabra sagrada Hor-Ammon, que simboliza la union del espíritu celeste con el espíritu humano, divinizado por su union con la eterna sustancia.

Un casamiento en Luksor.—Las alméas.

Al aproximarnos á la orilla, un ruido de instrumentos y cantares vino á distraernos de nuestras reflexiones teogónicas: era la fiesta nupcial del marinero Mahmud.

¿Quién creeria que la vida mezquina y vulgar puede vegetar á la sombra de tan grandes recuerdos? Y es que de los Faraones y de los dioses se cuida poco el *fellah*. ¿Qué relacion hay entre su pobre destino y el esplendor de los reyes? Se eleva tan poco sobre la tierra, que no se inquieta por volver á ella; largos dias de fatiga ó de enojosa pereza y el eterno olvido: así es que aprovecha todas las ocasiones de reír, de cantar, de divertirse; pero en las bodas, sobre todo, es donde muestra su buen humor natural y su carácter hospitalario.

El dia elegido para las bodas de Mahmud era un viernes. Una gran tienda levantada, segun costumbre, ante la casa de la novia era el punto de reunion de todos los amigos desde dos dias atrás, y en ella se nos había preparado un aposento de honor, guarnecido de tapices y cogines. A la hora de la oración, el esposo fué á la mezquita acompañado de todos los convidados: su vuelta fue la señal del festin. Todos

los manjares se nos presentaron á nosotros; pero á pesar de nuestro buen deseo de hacer honor á Mahmud, nos fue imposible comer de aquello y nos entretuvimos con galletas hechas á bordo. Todas las amigas de la esposa habían intervenido mas ó menos en aquella detestable cocina, y es de creer que su alegría echara á perder las salsas.

A la noche los convidados dieron la vuelta á la ciudad en procesion, atrayendo á su paso á todos los ociosos: á nuestro lado iban hombres alumbrando con linternas, y una iluminacion completa nos esperaba, iluminacion de antorchas y fanales. Un rico vecino prestó una de esas magníficas luminarias orientales, árboles de hierro guarnecidos de tubos de vidrio que reflejan la llama, y estos reflejos caian sobre la multitud apiñada, dando á los vivos colores de sus trajes una energía y frescura incomparables. Mahmud entró luego solo en el aposento en que lo esperaban su novia y sus parientes mas allegados, y salió otra vez acompañado de unas mujeres cuya funcion solemne era certificar sobre la pureza de la doncella. Con semejante testimonio, Mahmud se apoyó orgullosamente en la pared y en medio de las aclamaciones y las salvas fueron desfilando por delante de él todos los convidados. Todos lo felicitaban así, poniéndole en la mano cada una algunas monedas de plata. Con gran satisfaccion de la familia, nosotros hicimos lo que ellos ó algo mas, deseosos de demostrar nuestro afecto á uno de nuestros mejores marinos.

Cuando concluyó esta especie de colecta, Mahmud volvió á entrar (pues todo esto pasaba en la tienda) y salió muy luego otra vez, trayendo á su esposa en brazos; su esposa era una niña de diez años á lo mas. Seguido aun de las matronas y de los hombres á mas distancia, Mahmud llegó á la orilla del Nilo, y tomando un poco de agua en su boca, la derramó en la de su esposa, completando así la ceremonia. Nadie ya cuidó de traer á los desposados á la casa nupcial.

El matrimonio en Egipto no es un acto público, rigurosamente intervenido por la ley. Cuando el novio y los padres están de acuerdo, estipulada ya entre ellos la suma que aquel debe entregarles, á pesar de que la novia no aporta nunca dote, se procede á la celebracion ante dos testigos: á veces se avisa al cadí, pero no es una formalidad necesaria, puesto que se prescinde de ella casi siempre. En tal union, sin garantías ulteriores, la mujer es solo una esclava comprada; así que se despide cuando ya no gusta. Ni siquiera tiene ella derecho al divorcio, sino es en un solo caso, mirado tambien entre nosotros como una grave injuria. El nacimiento de los hijos tampoco se registra oficialmente, de lo cual resulta un estado precario para ellos, mientras no pueden por sí mismos defenderse. Su muerte se oculta fácilmente, y á veces mueren á manos de las mujeres rivales de sus

madres. Una costumbre muy frecuente entre los marineros del Nilo, es tomar una mujer de Girgeh, por ejemplo, y otra de Asuan, y el marido va alternativamente, segun sus ocupaciones, á pasar un mes con cada una de ellas, llevándoles algunas piastras, telas de algodón y una pequeña pacotilla que vende la mujer luego que parte el marido. En cambio recibe productos del pais y alimenta de este modo el comercio de la otra mujer. Nosotros teníamos á bordo un cargamento de vidriado, sal y pipas: los marineros las dejaban al paso y recibian en compensacion tabaco, dátiles y harneses. La poligamia así comprendida es industriosa; sin embargo, va perdiendo cada dia mas, no solo entre las clases pobres, si que tambien entre las ricas. Por otra parte, solo tiene una razon de ser: la prematura vejez de las mujeres. Dejen los hombres de unirse con niñas á quienes acaba prontamente la precoz maternidad y no tiene ya razon ninguna en que apoyarse la poligamia.

Filosofando de esta manera nos separamos de Tebas, encaminándonos hácia el Sur. Maquinalmente miráramos los bellos cultivos y propiedades del príncipe Mustapha-baja: cerca de Hermaut (Hermonthis) centro de aquel vasto territorio, existen preciosas ruinas á alguna distancia del Nilo y detrás de un bosquecillo de mimosas: entre las ramas asoma la redonda cúpula de un sepulcro musulman; cuatro bellas columnas antiguas preceden al pequeño santuario, destinado á conmemorar el nacimiento de Cesarion, hijo de Cleopatra y de César. El reinado de este príncipe no tuvo realidad; apenas duró el tiempo necesario para que se acabara el templo. La *cella* está dividida en dos partes, de las cuales una ofrece muy curiosos bajo-relieves. Ammon-Ra, acompañado de Suan, la Lucina egipcia asiste al alumbramiento de Ritho-Cleopatra, y la divina partera entrega al niño á una nodriza y á una mecedora. En otro lugar Ritho, apoyada en Suan se presenta á los grandes dioses Ammon, Suk, Phre y Mandu-Cesar. El tierno Cesarion participa de los honores divinos con el niño Har-Phre, el Dia, cuya carrera figuran veinte y cuatro mujeres. El sentido general de esta mitología puede traducirse así: Cleopatra y César, semejantes á los dioses, han dado al mundo un hijo tan bello como el Dia. Un escultor se veria hoy embarazado para expresar un pensamiento análogo: ya no estamos en el tiempo de las alegorías, del simbolismo; pero bien puede ser que el arte haya perdido todo lo que el pensamiento ha ganado.

Esneh es la ciudad de las almas, que habitan á la orilla del rio en casas adonde la curiosidad atrae ordinariamente á los viajeros. El dragoman y el cocinero se encargaron de conducirnos al establecimiento mas acreditado. Nos introdujeron en una vivienda de mal aspecto, en cuya sala central estaban agru-

padas las bailarinas, de caras vulgares todas ellas, pero jóvenes y bien formadas. El atractivo del lucro les habia hecho adornarse con todos sus atavíos. Aun parece que estoy viendo aquel justillo tan corto y tan abierto; el pantalon de seda ancho y ceñido á la cintura con una faja de color vivo, y la tuniquilla interior de gasa ó tul color de carne: unas iban

descalzas, otras con largas babuchas rojas ó amarillas; llevaban tambien collares y brazaletes, y por tocado, ligeras medallas en la frente y una especie de pañoleta de seda, que les caia con gracioso abandono por detrás de la cabeza. La danza, que comenzó por una serie de pausadas actitudes, se fue rápidamente animando hasta la expresion mas

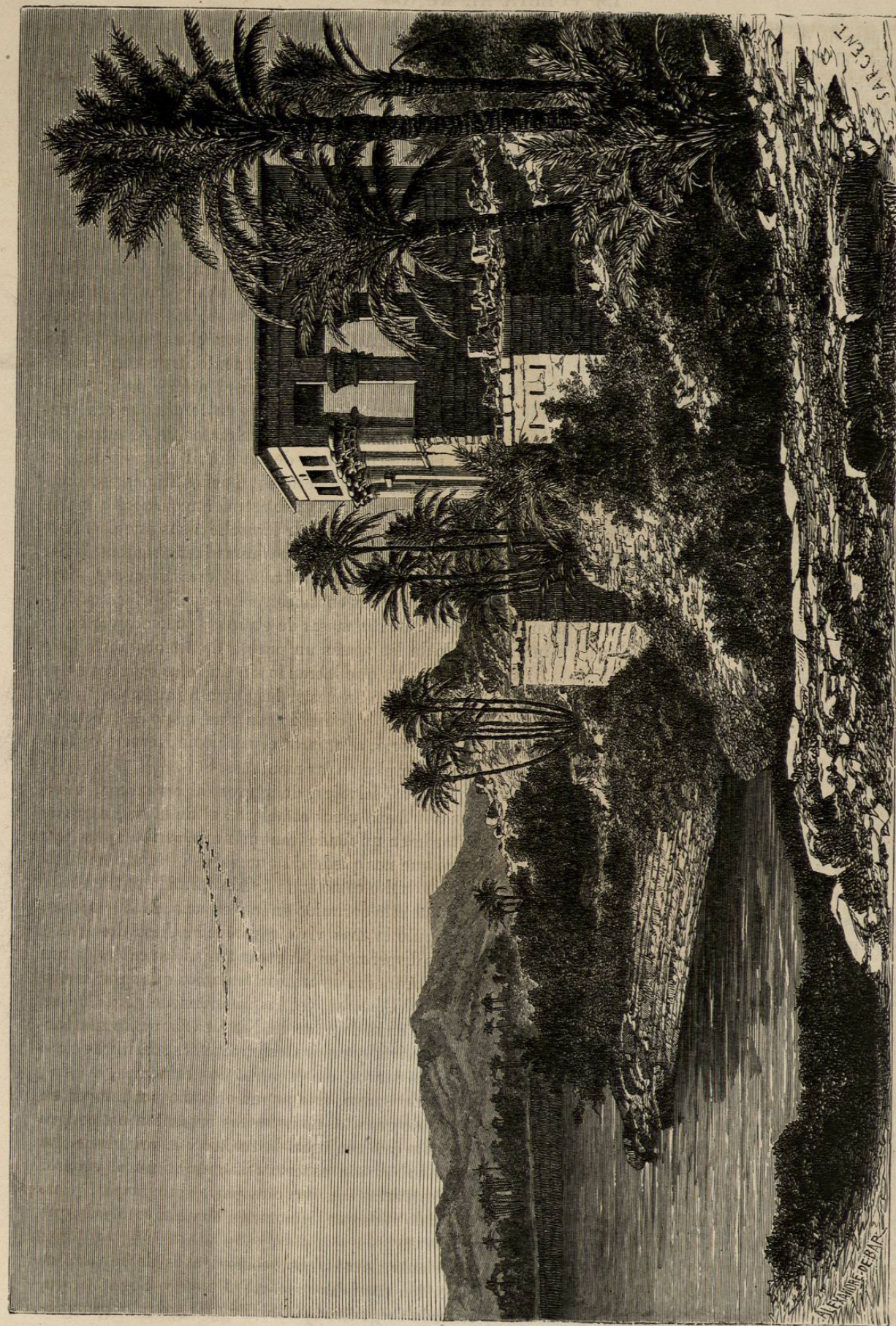


Tañedora de tarabuk.

apasionada. El busto de la bailarina permanecia siempre inmóvil, mientras que el resto del cuerpo se agitaba frenéticamente. Una distribucion de olivas, de licores y talarías, nos valió mil bendiciones y terminó dignamente la fiesta.

Las almas no tienen todos los dias semejantes gaudiamus, pues si danzan el invierno, de seguro no cantan el verano y la poblacion que las rodea no se halla en estado de pagar sus habilidades. Hábiles en posturas plásticas, pero inútiles para toda clase de

trabajo, se ven reducidas á vivir de industria, de préstamos que las ponen á merced de los usureros, y pasan el tiempo fumando, bebiendo una especie de anisete y tomando café. Las dificultades de tan miserable existencia disminuyen de dia en dia el número de las almas, que tanto abundaban en tiempo de los mamelucos. Esneh es su último refugio y fue sin duda su cuna: hermanas de las bayaderas indias y de las sacerdotisas de Miylitta ó Venus, las almas danzaron en otro tiempo delante de los altares de



Isle de Philae — Templo hypethro de Isis.

Neith, patrona de Esneh. Véase aun en el centro de la ciudad, al fin de una pendiente cubierta de momias y de cintas el bello *pronaos* del templo de Neith, convertido en granero. Levantadas por los romanos sobre antiquísimas ruinas, las diferentes partes del edificio están revestidas de malas esculturas; pero las líneas principales de los arquivados y las grandiosas proporciones de las veinte y cuatro columnas no tienen nada que envidiar á las obras maestras de Karnak y Medinet.

Pasamos sin detenernos por delante de los imponentes pilonos de Edfa: tal es nuestra prisa por ver á Asuan y la catarata. El viento es bueno; el Nilo se estrecha entre dos rocas escarpadas, cuyas hendiduras alimentan una vegetación achaparrada; en los matorrales se ven posados una multitud de pajarillos que parecen sus flores y frutos. Espantados á nuestra llegada, alzan rápidamente el vuelo como un vapor que se escapa: el cielo estaba oscurecido, y la sombra de la bandada se dibujaba en el agua como una multitud de manchas. Algunos disparos de escopeta la alcanzaron, y cayeron como granizo pájaros al río. Nuestro cocinero se encargó de recoger la menuda caza, que nos supo despues perfectamente. Pero otras cosas mas importantes recomiendan el estrecho y las rocas de Silcilis. Los Faraones ahondaron aquí famosas canteras, de que salieron los innumerables colosos y obeliscos del alto Egipto. Las profundas hieráticas fueron santificadas por representaciones hieráticas é inscripciones religiosas. Una roca de forma estraña, á modo de una gran seta se alza cerca de nosotros: en ella, dícese, habia atada una gran cadena para cerrar el país á las invasiones etiópicas.

Pasamos de aquí. Al brillo de la luna aparece sobre nuestras cabezas el templo de Com-Ombos, el único que está á la vez invadido por el agua y por la arena. Nos vemos precisados á esperar el día cerca del bello pueblecillo de Elganeh, que sonríe en medio de los *dums* y las mimosas; los árboles nacen hasta en el agua. Una noche entera y un día nos separan aun de Asuan: los vientos, las rocas, el río, todo retarda nuestra marcha. Al través de las mil dificultades, avanzamos lenta y cautamente. La vegetación parece salir á nuestro encuentro de isla en isla: á nuestra derecha se prolonga la verde Elefantina, cubierta de ruinas casi invisibles y fabuloso país de aquellos ictiófagos que sirvieron de embajadores á Cambises, en la Etiopía; hendiendo, en fin, la impetuosa corriente, entramos en el canal que conduce al puerto de Asuan, la antigua Syene y la reina de las cataratas.

## Isla de Philæ.

El 4 de enero á las diez de la mañana, pasamos la estrecha puerta de las cataratas: allí nos esperaba una tripulación de refuerzo, mandada por un *reis* especial, viejo tan sereno en los remolinos del Nilo como tranquilo marinero entre dos esclusas. Eran naturales de la Nubia, salvajes negros, aunque no muy oscuros: su piel parecia un crespon sobre una tela rojiza. Al empezar la maniobra daban gritos de bienvenida. Las masas de granito negro, húmedo y lúcido que nos rodean, como un rebaño de búfalos petrificados en actitudes diversas, nos sirven de punto de apoyo: la gente ata á estas rocas gruesos cables que nos hacen avanzar lentamente. La noche caia ya cuando acabábamos de salvar el primer paso, y fue preciso amarrar hasta el día entre dos rápidas corrientes. Los nubianos nos colmaron de felicitaciones por el feliz principio de tan difícil viaje «¡Allah es grande!» gritaban; esto es, buenos franceses, dadnos alguna cosa. Cuando recibieron el *bakchis* inevitable, se fueron á pasar la noche á sus pueblos. Nosotros, trepando á las rocas inmediatas contemplamos el caos que nos rodea. La luna, creando cuadros fantásticos da á las enormes piedras apariencias casi humanas: no son masas de granito; podemos ver en el fondo de las aguas un pueblo de titanes atados por los pies, los que labrando sin duda las esfinges en el granito como un pastor hace una figurilla de un pedazo de boj, y poniendo con una mano los obeliscos en equilibrio, adornaron el palacio de Karnak y ahondaron templos en las montañas.

Nuestros salvajes, de regreso al amanecer, vuelven á la faena y nos establecen al fin hácia las tres de la tarde en un fondo tranquilo mas arriba de los tres pasos que nos quedaban que salvar. El último, El-kebir, oculto como una náyade dormida al través del río, que está oprimido en un espacio de 30 metros, nos opuso la mas viva resistencia. Unos doscientos árabes dispersos en las rocas tenían los cables y nos subian á fuerza de brazos: teníamos el subir metro y medio. Como se ve, las cataratas del Nilo no se parecen en nada á las del Niágara: aquellas son barras sucesivas y corrientes impetuosas, casi lisas como cristales curvos, sin espuma, los esfuerzos, en fin, de un río opreso, que pugna en vano por romper su cárcel de granito. Estas barras presentan un peligro evidente que conjuran la fuerza y la prudencia. La habilidad de un esperto *reis* garantizan al viajero: las desgracias son por otra parte sin ejemplo, y no teniendo nada que deplorar no hay tampoco nada que temer.

Delante de nosotros, como lechos de reposo, se estienden dos islas gemelas, Philæ y Beghé. Esta, rodeada de gruesas piedras, cuyos grandes geroglí-

ficos alegrarian la vista de un egiptólogo, costea la orilla líbica; la otra, mas importante, mas bella tambien, muestra con orgullo sus ruinas dominadas por un gracioso templo. Asilo donde todos los viajeros acarician el proyecto de un establecimiento durable, Philæ estiende en su contorno un círculo mágico; la pureza del aire, la fuerza de su vegetación, la soledad, la paz, son las seducciones de esta Armida inocente de que no puede uno separarse.

En la orilla nos esperaba un anciano, único habitante y fiel guardador de la encantada isla. Y mientras nosotros buscábamos las huellas que tantos siglos han dejado impresas en aquel punto de la tierra, él iba delante de nosotros, mezclando en sus esplicaciones sencillas á Isis, á Mahoma y á Jesus, y llamando emires y sultanes á Faraones y Césares. Asi y con su guía, dimos la vuelta á la isla dirigiéndonos del Mediodía al Norte por la costa occidental.

En la estremidad Sur, un pequeño obelisco sin pyramidion, sin geroglíficos, precede al templo de Hator, mediano edificio *hypathre* (á cielo abierto), donde se ven capiteles formados por cabezas de mujeres con orejas de ternera. Hator divide con Isis la soberanía de Philæ; son dos diosas hermanas, dos nombres del principio femenino, del amor y de la fecundidad. Si el gabilan solar y la corona de flores azules pertenece mas particularmente á Hator, las dos tienen en comun el disco, los cuernos, la cabeza ó la forma completa de la ternera, animal que les está consagrado. Ambas divinidades se asemejan á Venus, á Cibele, á la vaca Io. Coronadas con el disco y los cuernos, parecen decir á sus adoradores: Ved en nuestra cabeza el emblema de la luz; nosotros sabemos el secreto de la vida y del destino; pero no pretendais arrebatárnoslo, porque tenemos armas para defenderlo.

Dos columnatas de desigual longitud y cuya progresiva divergencia atenúa la ilusión óptica que achica los objetos á medida que huyen hácia el horizonte unen el templo de Hator á los pilonos del templo de Isis. La mas importante, al Oeste, cuenta treinta y tres columnas medianas, cuyas cañas están cubiertas de labores, y cuyas cabezas variadas con arte no se repiten jamás. Diez y seis columnas de menos mérito forman la columnata oriental, y su serie parece haberse detenido ante un pequeño santuario casi enteramente derruido y dedicado á Imutph-Esculapio, hijo de Hator y de Phta. Hácia el centro de la galería del Oeste, una escalera, cuya entrada inferior está casi siempre cubierta por las aguas, corta la muralla continua y descendiendo al borde del Nilo. Este *propileo* recuerda la época romana y no es menos bello: por todas partes se ve la cabeza de Augusto, el perfil escéptico de Tiberio ó el rostro brutal de Claudio, coronando grandes cuerpos rígidos, delga-

dos uniformes, ajustados al sagrado modelo, de que jamás se apartó el arte egipcio.

En el mismo eje, ligeramente desviado, segun la forma de la costa y detrás de las ruinas en que aun se distinguen dos leones mutilados se elevan dos primeros pilonos embutiendo en sus macizos un pequeño propileo esculpido con mucho gusto, único resto de un templo de Isis, construido bajo un Nectanebes. En su fachada, su fundador Ptolomeo Philometor, ofrece á Isis y á Horo unos prisioneros que sostiene un gigante con una sola mano. Una inscripción francesa fechada en 13 ventoso, año 7, se lee en la pared interior del pilono oriental. Súbese á los pilonos por una escalera practicable aun, y que se abre en el patio: por detrás de ellos los lados de este patio están formados por dos edificios que los Ptolomeos consagraron á Hator y á Isis madres: el uno al Occidente era *perhypathre* (sin murallas ni plafon); el otro al Oriente, compuesto de muchas piezas, conserva una columnata que forma galería sobre el patio; sus esculturas son muy curiosas.

Dos segundos pilonos forman este primer patio y tienen una altura de 14 metros 50 centímetros, alzándose sobre una roca. En el granito de su base natural hay una inscripción que recuerda su construcción, por Evergetes II, y se ve tambien en muchos bajo-relieves ofrecer la dedicación á Isis y Horo. Detrás de ellos y en un segundo patio que comunica con el Nilo por un corredor, hallamos la escalera del pilono occidental, que vino á ser el nuestro; porque la admirable vista que se descubre desde su altura, nos hizo establecer nuestra tienda en aquel macizo indestructible. Las numerosas piezas situadas en el interior del pilono, debian servirnos de laboratorio, pero el olor de anatron y betun habia impregnado los muros y viciado el aire de tal modo, que tuvimos que abandonarlas al instante: allí sin duda era donde los embalsamadores tenían sus oficinas.

En el segundo patio, que es el nuestro, el instituto de Egipto ha inscrito la posición de Philæ á 24° 11' 34" latitud Norte y á 30° 34' 16" longitud oriental de París. Cerca de la inscripción, á la sombra de una columna, colgamos nuestro termómetro, que en el curso de enero marcaba al mediodía 33° centígrados casi constantemente. A poca distancia, vimos en una pared intacta, un bajo-relieve tan familiar para nosotros, como un grabado en nuestro gabinete. Era un Ptolomeo, convertido en un verdadero Faraon, largo, delgado, ancho de hombros, manobrando con los dos brazos á la vez para poner en un gran aparador, colocado detrás de él, una multitud de presentes que destina á Isis. El ojo que se ve en su cabeza de perfil, está fijo en la diosa; sus largas piernas forman un compás, sus grandes brazos, de movimiento simétrico, van del aparador á Isis, y de